

Café Melilla

No quedan burros en la Ciudad

Lo veo casi todas las mañanas, muy temprano, aunque no siempre coincidimos en el mismo lugar; unas veces va más arriba de la cuesta, otras algo más abajo. Luego se sienta en el escalón de un portal y allí reposa un poco mientras vigila la mercancía. No es el único pero sí el más anciano de los que casi de madrugada vienen al mercado de mayoristas a comprar fruta y verduras y la cargan en una carretilla o, como dicen ellos, en una "barrueta". La lleva hasta el mercado donde vende la exigua carga; no sé cuántos kilómetros recorre este anciano con su carretilla cargada de frutas para venderla en su puesto del mercado porque nunca lo he seguido; pero sí sé que es anciano y demasiado delgado y que porta una carretilla que parece pesar en exceso. Me pregunto por qué no la lleva en una furgoneta y me respondo que debe ser que no gana lo suficiente para comprarse una o que quizá no sepa conducir o no tenga carné, también eso es algo difícil y costoso. Si no me equivoco fue uno de esos afectados que antes portaba su mercancía en un carro con un burrito. Esos fuertes burritos que acompañan a los ancianos y los niños y los llevan con parsimonia y sin fatiga. Pero un día prohibieron circular carros por la ciudad y por eso ya no quedan burros en Melilla. Yo creo que este es un asunto suficientemente irónico e importante para tenerlo en cuenta aunque alguien debió sentirse ofendido al ver a los asnos circulando por la Ciudad o lo vio como algo peligroso para la circulación o decadente. Reflejo burlón de esta realidad es la frase que oigo sonar en mi cabeza como una letanía o una cantinela: ¡Ya no quedan burros en Melilla, no quedan burros!

Las motos cuatro por cuatro pasan dando tremendos y estrepitosos acelerones y dan saltos por todas partes. Los niños van como locos en sus ruidosas y trucadas motocicletas, sin casco y asustando a todo viandante. Los coches con los bafles de música para zumbados corren a toda pastilla mientras sus dueños no miran por donde van pues están muy ocupados con sus móviles. Pero, curiosamente, los que no pueden circular son los carritos. Esos vehículos de tracción animal que circulaban lentos y tranquilos por su derecha sin molestar a nadie tenían que desaparecer. De esta manera y al no ser útiles para el ciudadano estos animales quedan condena-

dos a desaparecer de nuestras calles. Creo que la única molestia que producían era que, de cuando en cuando, sonaba un sonoro y vital rebuzno que los lugareños solían achacar a la proximidad del diablo.

Algunas almas piadosas ven pasar al anciano y le compran por el camino, de alguna manera piensan que pueden ir aliviando la carga y rebajar su peso hasta su destino. Es como la cruz del nazareno que todos querían recoger pero en este caso es una carga diaria e inevitable, todas las madrugadas esquivando coches y cargando con la "barrueta" pero a nadie le importa y ¿el día que no pueda cargar ese anciano? Esa escasa mercancía representa su sustento diario porque no lo he visto hacer más que un viaje y no creo que pueda hacer

"Me gustaría un servicio más humano y que el trenecito recogiera a los sin transporte y los llevara cargado de frutas y verduras, vivo y con hermoso colorido, a los mercados. ¡Ya no quedan burros en Melilla, no quedan burros!"

dos. Sin embargo, para la circulación no es molesto ese trenecito que da vueltas vacío por la Ciudad enseñando a turistas fantasmas la Melilla modernista, qué gran idea. Me gustaría un servicio más humano y que el trenecito recogiera a los sin transporte y los llevara cargado de frutas y verduras, vivo y con hermoso colorido, a los mercados. ¡Ya no quedan burros en Melilla, no quedan burros!

Conozco grandes ciudades donde el tráfico es mucho mayor que aquí y sin embargo circulan bicicletas por todas partes e incluso se usan como atracción turística y, además, quién no conoce los famosos "burrotaxis", bastante más encantador y ecológico que el trenecito fantasma. Recuerdo que, no hace muchos años, alguien intentó hacer un carril de bicicletas en el paseo marítimo y que tras algunos meses de obras, al

poco lo quitaron, justo antes de que ninguna bicicleta lo usase y me digo: ¡Ya no quedan burros en Melilla, no quedan burros!

La tradición y presencia de los asnos en la vida de la Ciudadanía tiene un ilustre precedente en el Quijote (Capítulo XXVII) donde se relata que el caballero de la triste figura al asomarse a una loma tuvo la visión de un ejército:

"Y cuando estuvo en la cumbre, vio al pie della, a su parecer, más de doscientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces, y muchas rodelas. Bajó del recuesto y acercóse al escuadrón, tanto, que distintamente vio las banderas, juzgó de las colores y notó las empresas que en ellas traían, especialmente una que en un estandarte o jirón de raso blanco venía, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando; alrededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

'No rebuznaron en balde el uno y el otro alcalde'

Por esta insignia sacó don Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo a Sancho, declarándole lo que en el estandarte venía escrito. Díjole también que el que les había dado noticia de aquel caso se había errado en decir que dos regidores habían sido los que rebuznaron; pero que, según los versos del estandarte, no habían sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza:

-Señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo a ser alcaldes de su pueblo, y así, se pueden llamar con entrambos títulos; cuanto más, que no hace al caso a la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes o regidores, como ellos una por una hayan rebuznado; porque tan a pique está de rebuznar un alcalde como un regidor."

.....¡Ya no quedan burros en Melilla, no quedan burros!

J.C. Cavero

EL BARÓN RAMPANTE

Los nuevos sistemas de transporte: Las compañías low cost (y 3)

Terminábamos el artículo de la última edición con una pregunta: ¿puede Melilla incorporarse a la revolución de las compañías low cost? Antes de continuar vamos a responder: no.

Para explicar este no tan contundente, y dado que han pasado algunas semanas desde la última edición de El Melillense, vamos a recordar algunas de las conclusiones de los artículos en los que reflexionamos sobre la evolución de las compañías low cost:

1. Los sucesivos cambios en los sistemas de transporte han condicionado la evolución del turismo.

2. En el siglo XXI, la accesibilidad es una condición necesaria para el éxito de un destino urbano como Melilla. No debemos olvidar la importancia del factor tiempo en la relación de prioridades de los nuevos consumidores turísticos, la fragmentación de las vacaciones, y el protagonismo de los denominados "short breaks" o "turismo comprimido".

3. En este sentido, las denominadas compañías low cost o "bajo coste" como Ryanair, Easyjet, Air Berlin, o las españolas Vueling y Clickair, están impulsando el negocio turístico en Europa. Muchas personas que no volaban lo hacen de forma más habitual.

4. En efecto, las low cost están beneficiando el desarrollo turístico de muchos destinos, y nos permiten explicar, por ejemplo, el aumento del número de turistas internacionales en las ciudades europeas, o la reducción de la estacionalidad. La temporada turística es todo el año, no sólo los meses de verano.

Seguro que muchos melillenses este verano han volado en low cost desde Málaga, Granada, Barcelona,...y han comprobado personalmente el servicio de estas compañías. Y estoy convencido de que muchos querrían que operaran en Melilla. Entonces ¿por qué Melilla no puede incorporarse a este fenómeno?

En primer lugar, porque las ciudades necesitan visión estratégica en el desarrollo de las infraestructuras básicas. Por ejemplo, no se debe situar en el Plan General una urbanización en la zona de posible expansión de la pista del aeropuerto. Esto no parece muy conveniente para el desarrollo del aeropuerto. La pista no se puede ampliar, y los aviones no pueden aterrizar. Parece sencillo. Pero se ha hecho. En segundo lugar, las ciudades deben presentar argumentos convincentes. Es decir, tiene que ser una oportunidad de negocio para la compañía aérea. Las ciudades tienen que ser visibles y atractivas (en el buen sentido del término). Melilla no lo es. Existen algunos motivos más. Pero ya no me detendré en ellos. Nos falta lo básico: que los aviones puedan aterrizar, y que la ciudad tenga buena imagen. Así que a otra cosa.

Iñaki Gaztelumendi

Lista de boda
Muebles
Lámparas
Artículos decoración
Regalos

RATCÁN
INTERIORES

Felices fiestas

Ejercito Español, 18
Tlf. 952 69 04 13